

EL BARCO



DE VAPOR

Lluís Farré

Comelibros



19.ª EDICIÓN

sm

Primera edición: marzo de 2001

Decimonovena edición: abril de 2014

Dirección editorial: Elsa Aguiar

© del texto: Lluís Farré, 2001
© de las ilustraciones: Lluís Farré, 2001
© Ediciones SM, 2001
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A todos los niños y niñas
que no tienen libros
donde hincar los dientes.*



Había una vez una niña
con hambre.
Pero no era un hambre cualquiera.
Huy, no, ¡qué va!



No era un hambre de esas
que parecen de lobo,
pero que con una abuelita
y una Caperucita Roja de nada,
se quedan contentas
hasta la hora de comer.

Con una así
nos quedamos sin cuento
en un pispás,
en menos que canta un gallo,
¡quiquiriquí!,
o en menos que canta una rana,
¡croac-croac!



¡No,
la niña tenía un hambre infinita!



Su estómago era un pozo sin fin
y, como todos los pozos sin fin,
no había manera de llenarlo
hasta arriba del todo.

Por eso, nunca se sentía a gusto,
y pasaba el tiempo
royendo una cosa u otra:
una almendra garrapiñada,
un trozo de palo de regaliz
o una uña.





Un día su abuelo,
viéndola con una expresión
de no sentirse ni siquiera a gusto,
después de merendar, le preguntó:

—Oye,
¿tú has intentado comerte un libro
alguna vez?

—¿Cómo? ¿Un libro?

¡Ay, qué risa, tía Felisa!
¡Ay, qué guasa, tía Colasa!
¡Ay, que me troncho!
¡Ay, que me desternillo!
¡Abuelo, los libros no se comen!
¡Y seguro que saben fatal!

—Y tú, ¿cómo lo sabes
si no abres nunca ninguno?

El abuelo dio media vuelta
y salió de la habitación.



La niña respiró aliviada.
Y, mira qué bien,
en un cajón encontró una piruleta
que aún le quedaba del cumpleaños
de su amiga Jesusa.

Pero la tranquilidad duró poco.
A los pocos minutos
el padre de su madre regresó
con un libro en las manos.

—Venga, sabionda, ¡prueba!



—¡Jo!

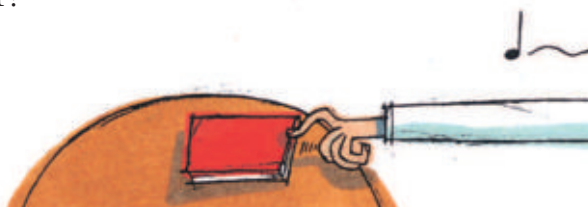
—¡Venga, dale, que este es corto!

—¡Que no...!

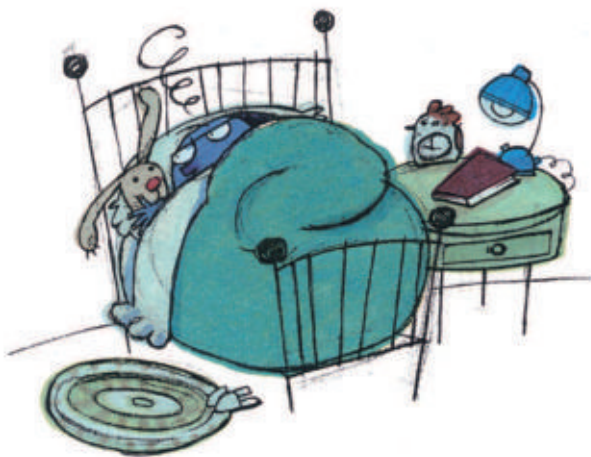


El abuelo levantó una ceja y gruñó.
Dio media vuelta
y salió de la habitación.

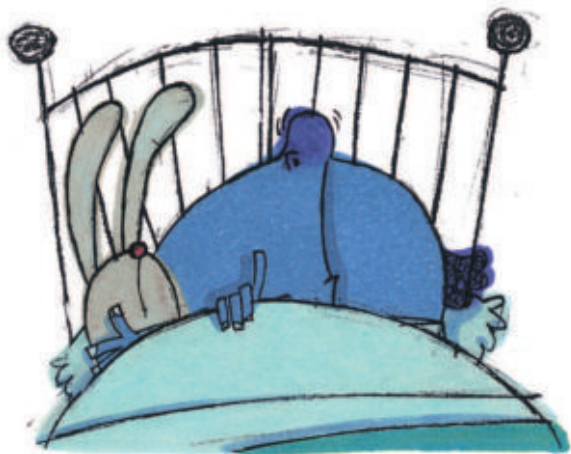
Pero esta vez,
así como quien no se da cuenta,
dejó el libro sobre la mesita de noche.
¡Ah, traidor!



Después de la piruleta,
que le pareció un poco pequeña,
la cena no acabó de dejar a la niña
a gusto del todo.
Y, ya en la cama,
incluso los besos de buenas noches
le supieron a poco.



Abrazó a Manolito,
su conejo de trapo,
y cerró los ojos.



Pero no podía dormirse.
Un extraño olor flotaba
por toda la habitación.

Siguió el rastro
con la nariz en alto y...
¡vaya!
¡Allí estaba ese dichoso libro
del abuelo!

“Pero huele bien”, pensó.
“¿A ver si será cierto
lo que ha dicho?”

Lo cogió.

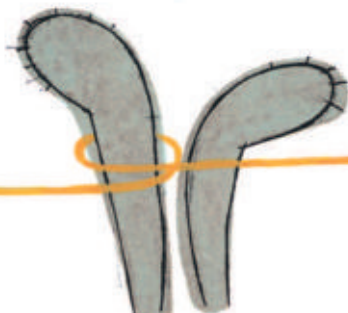
—Cuentos de no sé qué...



Huy, pero qué rabia más gorda
me daaa... Nada, nada,
que ahí se queda.

Devolvió el libro a su sitio
y puso a Manolito delante,
para no verlo.

Pero, claro,
el olor se colaba entre las orejas
del conejo.
¡Qué fastidio!





Se tapó la cara con la almohada.
Nada.
Se puso una pinza en la nariz.
Tampoco, nada.
Metió la cabeza entera
en una de sus zapatillas de deporte
y respiró hondo.
Casi se ahoga, pero nada otra vez.
—¡Vale, vale, tú ganas! —gruñó.

Apartó a Manolito,
encendió la lámpara
que nunca usaba para leer,
y cogió el libro.

Al abrirlo
el olor se hizo más fuerte.
Mmmmmm...

Pasó unas pocas páginas
con letras muy chiquitas.
Nada interesante.

Pero de pronto:
“Había una vez...”





¡Huy, huy, huy...!

Aquella hache mayúscula,
más gordita que las demás letras,
tan linda con sus adornos,
tenía una pinta realmente apetitosa.

—¿Y si...?

Ay, no. Pero ¿y si...?

Sacó una punta
de lengua temblorosa...

—¿La pongo o no la pongo
en la hoja? ¡Ay, no sé!

¿Y si sabe asquerosa?
¿Y si me queda la lengua negra
y me pongo enferma,
y me caigo muerta del todo?
Pero ¡mira qué rica parece...!
A lo mejor sabe a pescadito frito.
O a flan con nata...
¡Hala, venga!
¡A la de tres!
Una, dos..., dos y media,
dos y tres cuartos,
dos y...



Cerró los ojos,
se tapó la nariz
por si las moscas,
y le pegó un lametazo.
¡Slurp!



—... Bueno, la verdad,
no sabe mucho a nada que digamos.
Pues ¡vaya, qué bien!